

VI

Cuando llegó la mala temporada de verano, se sintió el pánico en *La Dicha de las Damas*. Era la época terrorífica para las despedidas y la en que la Direccion barria los almacenes, desiertos de compradores durante los calores de Julio y Agosto.

Cada mañana Mouret, al hacer con Bourdoncle su visita, llamaba aparte á los jefes de seccion, á los que había obligado á admitir personal en invierno para que la venta no se resintiese, con objeto de que se aligeráran de gente. Se trataba de reducir gastos poniendo en la calle un buen número de dependientes, que eran los débiles que se dejaban tragar por los fuertes.

—Vamos á ver —decía — teneis ahí gente que no hace nada. No se les puede tener con las manos cruzadas.

Y si dudaba el jefe de seccion no sabiendo á quiénes sacrificar, añadía :

—Arreglaos : con seis dependientes teneis bastante. Volveis á tomarlos en Octubre : ¡ así como así sobran en las calles !

Bourdoncle se encargaba de las ejecuciones. Decía con sus delgados labios un *¡ Pasad á la caja !* que caía como un hachazo. Todo era bueno para desalojar el almacén. Inventaba diabluras y especulaba con los más ligeros descuidos.

—Estais sentado, caballero : *¡ pasad á la caja !* —Me parece que contestáis : *¡ pasad á la caja !* —Vuestras botas no tienen betun : *¡ pasad á la caja !*..

Hasta los valientes temblaban ante aquella carnicería que dejaba tras de sí ; como aquello no iba muy deprisa, inventó una estratagema que en algunos dias estranguló á los condenados de antemano. Desde hacia ochos dias se colocaba en la puerta reloj en mano, y á los tres minutos de retraso, el implacable : *¡ Pasad á la caja !* caía sobre el infeliz. Aquello si que era trabajar delicadamente.

—Teneis una cara bien fea —dijo un dia á un pobre diablo cuya nariz torcida le cargaba. —*¡ Pasad á la caja !*

Los protegidos obtenian quince dias de licencia que no cobraban, lo que era un medio humanitario de disminuir gastos. Los dependientes aceptaban su precaria situacion por necesidad y costumbre. Desde su llegada á Paris rodaban por la plaza, comenzando á hacer su aprendizaje á derecha é izquierda, y acabando por irse y ser devueltos á sus casas, al azar. La fábrica holgaba, se suprimia el pan de los obreros. El rodaje inútil se ponía tranquilamente á un lado, como una rueda de hierro á la que no se agradecen sus servicios. Tanto peor para los que no sabian sacar partido.

Al presente no se hablaba de otra cosa en las secciones ; cada dia se contaba una nueva historia. Se nombraban los dependientes despedidos como los muertos en tiempos de epidemia. Los chales y la lencería sobre todo sufrieron el empuje : seis dependientes desaparecieron en una semana. Un melodrama agitó á la seccion de lencería : una parroquiana se sintió mala y acusó á la oficiala que la servia de apestar á ajo. Ésta fué despedida acto continuo. Lo cierto era que, mal alimentada y siempre con hambre, acababa detras del mostrador con una provision de trozos de pan. La Direccion se mostraba sin entrañas ante la menor queja de las parroquianas : no admitia excusa alguna. El dependiente no tenia nunca razon y debia desaparecer como un instrumento defectuoso que perjudicaba á la marcha regular de la venta, y sus compañeros bajaban la cabeza no atreviéndose á defenderle. En medio de aquel pánico cada cual temblaba por sí. Mignot sacaba un dia un paquete bajo su redingot, á pesar del reglamento, y al verse sorprendido se creyó en la calle. Lienard, cuya gandulería era proverbial, debió á la situacion de su padre en el comercio de novedades el no ser echado una tarde que Bourdoncle le vió dormido de pié entre dos pilas de terciopelo inglés. Los Lhomme estaban intranquilos, esperando todas las mañanas se despidiera á su hijo Alberto por el descontento que causaba el estado en que tenia su caja, en la que se distraia con las mujeres. Por dos veces tuvo que aplacar á la Direccion la señora Aurelia.

En medio de aquella limpieza se creia Dionisia tan amenazada, que esperaba siempre una catástrofe. Quería tener valor y luchar con toda su razon para no ceder á la crisis de su naturaleza sensible. Las lágrimas la cegaban en su cuarto, viéndose en la calle,

indispueta con su tío, no sabiendo dónde ir, sin un céntimo y con los niños á su cargo. Los temores de las primeras semanas renacian y se veía como un grano de trigo bajo la piedra del molino. Era su abandono cobarde, sintiéndose tan poca cosa ante aquella máquina que la aplastaría con tranquila indiferencia. No había que hacerse ilusiones: si había de despedirse á alguien en las confecciones, sería á ella. No cabía duda de que durante la gira de Rambouillet aquellas señoritas habían levantado de cascos á la señora Aurelia contra ella, porque ésta la trataba desde entónces con una severidad mezclada de antipatía. No se le perdonaba el haber ido á Joinville, y se veía en aquel hecho el deseo de dar en las narices á toda la seccion juntándose fuera con una oficiala de la seccion enemiga. Jamas había sufrido tanto Dionisia y desesperaba ya de hacerse agradable.

— ¡Dejadlas! — la decía Paulina. — ¡Esas cómicas son tan estúpidas como un ganso!

El aspecto de damas de aquellas señoritas era precisamente lo que intimidaba á la jóven. Casi todas las oficialas adquirían cierto tono por su roce diario con la clientela rica, acabando por formar una clase indeterminada entre obreras y burguesas. Bajo su arte para vestir y sus frases y maneras aprendidas había una instruccion falsa, lectura de periódicos y tiradas de drama; es decir, todas las gansadas corrientes de las calles de París.

— ¿Sabeis que la *mal peinada* tiene un niño? — dijo Clara una mañana al llegar á la seccion.

Y como todas se asombraron, añadió:

— ¡Cómo que la he visto yo paseando al chiquitin! ¡Ella lo oculta en alguna parte!

Á los dos días, y al volver de comer, dió Margarita otra noticia:

— Esto sí que es verdad: acabo de ver al amante de la *mal peinada*. Un obrero... sí, un obrerillo sucio, con el pelo amarillo, que la miraba por los cristales.

Aquello fué creído como una verdad inconcusa. Dionisia tenía un amante jornalero y un niño que ocultaba en el barrio. Se la acribilló con insinuaciones malévolas, y cuando las comprendió se quedó pálida ante la monstruosidad de las suposiciones. Aquello era abominable y quiso excusarse balbuceando:

— ¡Pero si son mis hermanos!..

— ¡Ah, son hermanos!.. — dijo Clara con tono equívoco.

— Callaos, señoritas. Mejor hariais en cambiar estas etiquetas. La señorita Dionisia es muy dueña de portarse mal fuera de aquí, siempre que aquí trabaje al ménos.

Esta seca defensa era una condenacion. Sofocada la jóven como si se la acusase de un crimen, trató de explicar los hechos. Todas reian y se encogian de hombros, y ella sintió el golpe en el corazon. Cuando corrió el rumor y Deloche se enteró, quiso en su indignacion abofetear á las oficialas de la confeccion, pero le detuvo el temor de comprometerla. Desde la gira de Joinville tenía por ella un amor sumiso, una amistad casi religiosa que la demostraba con sus miradas de perro fiel. Nadie debía sospechar su afecto, porque se hubieran burlado de ellos; pero no le impedirian pensar en bruscas violencias si se la atacaba delante de él.

Dionisia acabó por callar. Era muy odioso que nadie la creyera. Cuando una compañera arriesgaba una alusion, se limitaba á mirarla con aire triste y sosegado. Tenía otros disgustos que la preocupaban mucho. Juan no era juicioso y la asediaba con peticiones de dinero. Recibió de él toda una historia en cuatro páginas, y cuando el encargado del correo la daba aquellas cartas escritas con letra gruesa y apasionada, se daba prisa á meterlas en el bolsillo porque las oficialas se sonreian canturriando pullas. Luégo inventaba pretextos para ir á leerlas al otro extremo de los almacenes, y se aterraba porque creía perdido á Juan. De sus cartas salian extraordinarias aventuras de amor, cuyos peligros exageraba su ignorancia de las cosas. Ya era por una pieza de cuarenta sueldos para huir de los celos de una mujer, ó cinco y seis francos para salvar el honor de una jóven á quien su padre mataría si no. Como su tanto por ciento y su sueldo no bastaban, le ocurrió buscar trabajo fuera del almacén. Se confió á Robineau, que le fué simpático desde su encuentro en casa de Vinçard, y éste le procuró lazos de corbata á cinco sueldos la docena. Por la noche, de nueve á una, podía coser seis docenas, lo que hacía treinta sueldos, de los que había que deducir cuatro para una bujía. Estos veintiseis sueldos diarios bastaban para Juan: ella no se quejaba de la falta de sueño y se hubiera creído feliz si una catástrofe no hubiera trastornado su presupuesto. Al fin de la segunda quincena se fué á casa del corbatero y se halló la puerta cerrada: una quiebra que la llevaba diez y nueve francos, suma considerable con la que contaba desde hacía ocho días. Las miserias de su seccion palidecian ante aquel desastre.

— ¡Estais triste! — le dijo Paulina al hallarla en la galería de muebles. — ¿Es que necesitais algo? Decídmelo.

Pero Dionisia debía ya seis francos á su amiga, y respondió, tratando de sonreír:

— Nada, gracias; es que he dormido mal.

Era el veinte de Julio, en lo más fuerte de las despedidas. De los cuatrocientos empleados había ya barrido Bourdoncle cincuenta, y se temían nuevas ejecuciones. Dionisia no sentía miedo de ser despedida, preocupándola la angustia que la producía una aventura de Juan, más terrorífica que las anteriores. Esta vez se trataba de quince francos, precisos para endulzar los enojos de un marido engañado. La vispera recibió la primera carta relatando el drama; luégo, una tras otra, dos más, la última sobre todo, que leía cuando la encontró Paulina, en la que Juan anunciaba su muerte para aquella noche si no recibía los quince francos. Se volvía loca: imposible tomar de la pensión de Pepé, pagada hacía dos días. La mala suerte les perseguía, pues habiendo pensado en que Robineau encontraría al corbatero, se encontró con que Robineau había obtenido una licencia de dos semanas y no había vuelto desde la vispera.

Paulina la preguntó amistosamente. Cuando se reunían las dos en el fondo de una seccion poco céntrica, hablaban sin temor. Paulina hizo de pronto un movimiento como para huir: había visto la corbata blanca de un inspector que salía de los chales.

— ¡Ah! es papá Jouve — murmuró tranquilizándose. — No sé por qué se sonrie ese viejo cuando nos ve juntas. En vuestro lugar yo tendría miedo, porque os ronda mucho. Un perro viejo más malo que la sarna, y que cree que está siempre con sus soldados.

Jouve era aborrecido de todos los dependientes por la severidad de su vigilancia; más de la mitad de las despedidas se hacían por sus denuncias. Su nariz encarnada de contramaestre viejo sólo se humanizaba en las secciones de las mujeres.

— ¿Por qué he de tener miedo? — preguntó Dionisia.

— ¡Caramba! — contestó Paulina riendo; — puede ser que exija agradecimiento en vos. Muchas de esas señoritas se lo demuestran.

Jouve se alejó aparentando no haberlas visto, y oyeron que se enredaba con un dependiente culpable de estar mirando un caballo caído en la calle Neuve-Saint-Augustin.

— Á propósito — dijo Paulina — ¿no buscabais ayer al señor Robineau? Creo que ya ha vuelto.

Dionisia se creyó salvada.

— Gracias — dijo. — Voy á dar la vuelta y á pasar por la sedería. Me han enviado allá arriba, al taller.

Se separaron, y la jóven, con aspecto de ocupada, como si corriese de caja á deshacer un error, ganó la escalera y bajó luégo.

Eran las diez ménos cuarto y sonó la campana para la primera mesa. Un sol pesado calentaba las claraboyas á pesar de los toldos, y el calor caía pesadamente en el aire inmóvil.

De vez en cuando un hálito fresco subía del piso que regaban los mozos. Era aquello como una siesta de verano en el vacío de los mostradores, parecidos á capillas de iglesia en que duerme la sombra despues de la primera misa.

Los dependientes soñolientos estaban de pié, y algunas compradoras atravesaban la seccion con el paso pesado de la mujer agobiada por el calor.

Al bajar Dionisia medía Favier una seda ligera de azucenas y rosas para la señora Boutarel, llegada la vispera del Mediodía. Desde principios de mes llegaba el contingente provinciano, y sólo se veían señoras raramente vestidas, chales amarillos, faldas verdes; en suma, el figurin de provincias. Los dependientes, ya acostumbrados, ni aún se reían. Favier acompañó á la señora Boutarel á la mercería, y cuando volvió dijo á Hutin:

— Ayer auvernesas, hoy provenzalas... Tengo dolor de cabeza.

Hutin se había precipitado al encuentro de la *mujer bonita*, aquella adorable rubia á quien la seccion designaba así por no saber nada de ella, ni aún el nombre. Todos la sonreían, y no pasaba semana sin ir, siempre sola. Aquella vez llevaba un niño de cuatro ó cinco años. Se habló de ello.

— ¿Luego es casada? — preguntó Favier cuando volvió Hutin de la caja, á donde fué para que la señora pagara treinta metros de saten duquesa.

— Es posible — respondió Hutin — aunque ese mocoso nada prueba. Puede que sea de una amiga. Lo que sí es cierto es que debe haber llorado, porque tiene el aire triste y los ojos encarnados.

Hubo una pausa. Los dos dependientes miraban vagamente al fondo de los almacenes, y luégo dijo Favier con voz lenta:

— Si es casada, tal vez estará así porque la haya pegado su marido.

— Puede ser — dijo Hutin ; — á ménos que sea un amante.

Y añadió, despues de una pausa :

— Eso me figuro yo.

En aquel momento atravesaba la seccion de sedería Dionisia, acortando el paso y mirando á ver si descubria á Robineau. No le vió y se llegó á la lencería, volviendo en seguida. Los dos dependientes notaron su maniobra.

— ¡ Todavía está ahí esa sosa ! — murmuró Hutin.

— Busca á Robineau — dijo Favier. — No sé qué diablos traen entre manos. Nada sospechoso, porque Robineau es torpe. Creo que la ha proporcionado un trabajillo : lazos de corbata.

— ¡ Qué negocio ! ¿ eh ?

Hutin meditaba una picardía. Al pasar Dionisia junto á él la detuvo bruscamente, diciéndola :

— ¿ Me buscáis á mí ?

Ella se puso roja. Desde la gira de Joinville no se atrevia á sondear en su corazon, en que chocaban sentimientos confusos. Pensaba en Hutin con aquella jóven de pelo rojo, y si temblaba ante él era quizá de disgusto. ¿ Le habia amado ? ¿ Le amaba aún ? No queria remover sentimientos que le eran penosos.

— No, señor — respondió turbada.

Hutin se divirtió con su embarazo.

— Si queréis que os lo sirva.... ¡ Favier, servid Robineau á esta señorita !

Dionisia le miró fijamente con la mirada triste y resignada con que recibia las bromas de sus compañeras. ¡ Ah ! ¡ él tambien era malo y la maltrataba como los otros ! Sintió un desgarramiento supremo, como un lazo postrero que se rompía. Su rostro expresó tal sufrimiento, que hasta Favier, poco dado á sensiblerías, fué en su socorro :

— Robineau está fuera, pero entrará seguramente para almorzar. Le encontraréis esta tarde si teneis que hablarle.

Dionisia dió las gracias y subió á las confecciones, donde la esperaba la señora Aurelia irritada. ¡ Cómo ! ¡ se habia ido hacia media hora, y no venia seguramente del taller ! La jóven bajó la cabeza, pensando en aquel encarnizamiento de la mala suerte. Aquello acababa si Robineau no volvia ; se prometió volver á bajar sin embargo.

En la seccion de sedería, la vuelta de Robineau desencadenó las iras. La seccion esperaba que no volviese, disgustado por los feos sufridos. Por un momento, y estrechado por Vinçard, que queria cederle su negocio, estuvo á punto de tomarlo. El sordo trabajo de Hutin y la mina que le abria hacia meses bajo los piés, iban á estallar por fin. Durante la licencia de Robineau, y como le sustituyera á título de primer dependiente, se esforzó en desacreditarle á los ojos de los jefes, procurando colocarse en su puesto por excesos de celo. Descubria y ponía en claro pequeñas irregularidades, y sometia á los jefes proyectos de mejora y nuevos dibujos que inventaba. Por otra parte, y desde el dependiente hasta el *primero*, aspirante á consocio, no tenian más que una idea fija : desalojar al compañero de arriba para subir un escalon, y derribarlo si era un obstáculo. Esta lucha de codicias, este empujarse los unos á los otros era como la ordenada funcion de la máquina, lo que activaba y doblaba la fortuna de la casa. Detras de Hutin, Favier ; detras de éste, los otros. Se oía como ruido de quijadas : Robineau estaba condenado, y cada uno se llevaba un hueso. Por esto, cuando reapareció el segundo, el murmullo fué general. Era preciso acabar : la actitud de los dependientes era tan amenazadora, que el jefe de seccion envió á Robineau á la de surtidos nuevos para dar lugar á la Direccion á que tomase un partido.

— Preferimos irnos todos si él se queda — dijo Hutin.

Esto fastidiaba á Bouthemout, cuya jovialidad no se avenia con aquella perturbacion, y sufría viendo en torno suyo caras gruñonas. Quería ser justo.

— Dejadle tranquilo, que nada os hace.

Estallaron las protestas.

— ¡ Cómo ! ¡ no nos hace nada ! ¡ Un ente insoportable, siempre nervioso, que os aplastaría si pudiera !

Era general la animadversion. Con sus nervios femeniles tenía Robineau susceptibilidades inaceptables. Se contaban veinte anécdotas, desde la de un jóven que cayó allí malo, hasta las de clientes humilladas por sus observaciones mortificantes.

— En fin, señores — dijo Bouthemout — no acepto responsabilidades. He advertido á la Direccion, y voy á hablar otra vez.

Sonó la campana para la segunda mesa, allá léjos, con el sonido amortiguado por el aire en calma del almacen. Hutin y Favier bajaron. De todas las secciones llegaban dependientes uno á uno,

estrujándose en el pasillo de la cocina, alumbrado continuamente por gas. El peloton se daba prisa, sin que se oyera una risa ni una palabra, entre el ruido creciente de la vajilla y el fuerte aroma de la comida. Al extremo del corredor había un hueco delante de un armario. Rodeado de pilas de platos y armado de cucharas que hundía en cacerolas de cobre, un cocinero distribuía las raciones. Cuando se inclinaba se percibía la cocina detras de su vientre vestido de blanco.

— ¡Bueno! — murmuró Hutin consultando el *menu* escrito sobre negro en el armario. — Carne con salsa picante ó raya... ¡Nunca dan asado en esta barraca! Sólo lo que no aprovecha al cuerpo: pescados y salsas...

El pescado tenía poca aceptación, pues solían quedarse llenas las cacerolas. Favier tomó raya. Detras de él dijo Hutin:

— Carne con salsa picante.

Con su movimiento mecánico cortó un trozo de carne, rociándolo con salsa, y Hutin, sofocado por el hábito ardiente de la cocina, se llevaba su ración, mientras detras de él sonaba el *carne con salsa... carne con salsa*, como una letanía. El cocinero seguía cortando trozos y rociándolos de salsa con el movimiento rápido y rítmico de un reloj bien arreglado.

— ¡La raya está fría! — dijo Favier colocando la mano sobre el plato.

Todos andaban con el brazo tendido y el plato derecho por temor á mancharse. Diez pasos más lejos estaba la cantina con su mostrador de estaño, sobre el que estaban alineadas las raciones de vino en pequeñas botellas sin tapon, húmedas aún del lavado. Cada cual tomaba al paso con la mano libre su botella, y se iba á su mesa con aire serio y cuidando del equilibrio.

Hutin gruñía sordamente:

— ¡Qué paseo éste con los platos!

La mesa de Favier y él estaba al final del corredor, en el último comedor. Todos se parecían: eran sótanos de cuatro metros por cinco, que se habían arreglado para refectorios; pero la humedad comía la pintura, y los muros amarillos se llenaban de manchas verdosas; por los estrechos tragaluces, al ras de la calle, caía una luz lívida, atravesada sin cesar por las sombras de los transeuntes. En verano é invierno era ahogado aquello, siempre cargado de olores nauseabundos que venían de la cocina.

Hutin entró el primero. Sobre la mesa, empotrada en el muro

por un lado y cubierta de hule, sólo había vasos, tenedores y cuchillos marcando los puestos. Una pila de platos se alzaba á cada extremo, y en medio había un enorme pan hendido por un cuchillo con el mango al aire. Hutin dejó plato y botella, tomó una servilleta del vasar, que era el único adorno del comedor, y se sentó dando un suspiro.

— ¡Tengo un apetito!.. — murmuró.

— Siempre sucede lo propio — dijo Favier, sentándose á su izquierda. — No hay nada como estar harto.

La mesa se ocupaba rápidamente, y contenía veintidos cubiertos. Al pronto, sólo se oyó el ruido de los tenedores, un rumor de buenos mozos cuyos estómagos se resentían de trece horas de fatiga diarias. Aquello era infecto según decían, limpiando los platos á pesar de ello. Al principio podían los dependientes, en la hora que les daban, ir á tomar su café fuera: despachaban el almuerzo en veinte minutos, con la prisa de verse en la calle. Pero les distraía mucho y no ponían tanta atención en la venta. La Dirección decidió en su vista que no salieran, y que pagaran tres sueldos por una taza de café, si la querían. Así era que al presente no se daban prisa, y poco ganosos de ir á sus secciones antes de la hora. Muchos comían á boca llena leyendo un periódico sostenido en la botella. Otros, una vez calmado el apetito, hablaban sobre los eternos temas de la mala alimentación, del dinero ganado, de lo que habían hecho el domingo pasado y de lo que harían el venidero.

— Decidme — preguntó un dependiente á Hutin — ¿y vuestro Robineau?

La lucha de los sederos contra su segundo llenaba las conversaciones. Se discutía el asunto diariamente hasta media noche en el café Saint-Roch. Hutin contestó, encarnizándose con su plato:

— Pues ha vuelto Robineau.

Luégo se irritó de pronto:

— Pero ¡voto va! ¡si esto es carne de burro! ¡Esto es cargante, palabra de honor!

— No os quejeis — dijo Favier. — Yo he hecho la tontería de tomar raya: está podrida.

Todos hablaban á la vez indignados. En un rincón de la mesa, junto á la pared, comía silenciosamente Deloche. Afligido por el excesivo apetito que jamás pudo satisfacer, y ganando poco para permitirse suplementos, se cortaba ronchas de pan enormes, y se

tragaba los platos ménos apetitosos con aire goloso. Todos se divertían con él y le gritaban :

—Favier... dadle vuestra raya á Deloche, que le gusta mucho.

—Y vuestra carne, Hutin, que la pide Deloche para postre.

El pobre chico se encogía de hombros sin contestar. No era culpa suya si tenía tanta hambre. Los demas escupían en los platos alabando el hecho.

Un ligero silbido les hizo callar. Se señalaba así la presencia de Mouret y Bourdoncle en el corredor. Desde hacía tiempo eran tales las quejas de los empleados, que la Direccion creyó oportuno juzgar por sí misma de la buena calidad de la alimentacion. Daba, por días y cabeza, un franco cincuenta céntimos al jefe de cocina, quien debía pagarlo todo, provisiones, carbon, gas y personal. La Direccion se asombraba cuando todo esto no era bueno. Por la mañana, cada seccion delegó á un dependiente, y Mignot y Lienard se encargaron de hablar en nombre de sus compañeros. Se guardó bruscamente silencio, y se escucharon las voces de la pieza vecina en que habían entrado Mouret y Bourdoncle. Éste opinó que la carne era excelente, y sofocado Mignot por aquella tranquila afirmacion, decia :

—Mascadlá para verlo.

Miéntas, Lienard atacaba la raya y decia con dulzura :

—Huele, señor.

Mouret se explicó con frases cordiales que haría todo lo posible por el bienestar de sus empleados ; era su padre, y prefería comer pan seco á que estuviesen mal alimentados.

—Os prometo estudiar la cuestion—dijo para terminar, y alzando el tono para que lo oyesen de una á otra parte.

Terminó la investigacion de la Direccion, y recomenzó el ruido de tenedores. Hutin murmuraba :

—Sí, fíate en la Virgen y no corras... No son avaros de buenas palabras. ¿Quereis promesas ? Pues allá van... Y os alimentan con judías secas, y os ponen en la puerta como á perros...

El dependiente de ántes volvió á preguntarle :

—¿Deciais que nuestro Robineau ?..

Ruido de platos le interrumpió. Los dependientes se cambiaban por sí mismos el plato, y disminuían las pilas de éstos. Al ver á un marmiton que traía grandes fuentes de hierro bañado, gritó Hutin :

—¡ Arroz al *gratin* ! ¡ Día completo !

—Bueno para hacer dos sueldos de cola—dijo Favier sirviéndose.

Á unos le gustaba ; otros lo encontraban pesado. Había quien se quedaba silencioso, hundido en el folletín de su diario y sin saber lo que comía siquiera. Todos se secaban el sudor, porque el estrecho sótano se llenaba de vapor, miéntas las sombras de los transeuntes corrían sobre los cubiertos esparcidos.

—Pasad el pan á Deloche—dijo un chusco.

Cada cual cortó su trozo, metía el cuchillo en el pan hasta el mango y seguía circulando.

—¿Quién cambia su postre por mi arroz?—preguntó Hutin.

Cuando cerró el trato con un jóven raquitico, intentó vender su vino, pero nadie lo quiso ; era execrable.

—¡ Silencio !—murmuró Favier.

Con el rabillo del ojo señalaba á Bouthemout, que paseaba en el corredor entre Mouret y Bourdoncle, absortos los tres en la viva conversacion que sostenían á media voz. El comedor de los jefes de despacho y de los segundos se hallaba justamente enfrente. Al ver Bouthemout pasar á Mouret se levantó de la mesa en la que había concluido, y le contó las impertinencias de su mostrador. Los otros dos le escuchaban, rehuendo todavía sacrificar á Robineau, vendedor de primer órden, que databa de Mme. Hedouin. Pero cuando llegó á la historia de los nudos de la corbata, Bourdoncle se encolerizó. ¿Estaba loco ese jóven para mezclarse en dar trabajo suplementario á los vendedores ? La casa compraba muy caro el tiempo de los vendedores : si trabajaban por la noche por su cuenta, era evidente que durante el día trabajarían ménos en el almacén ; eso era un robo, y además arriesgaban su salud, que no les pertenecía. No, la noche se había hecho para dormir, ó de lo contrario serían puestos en la puerta de la calle.

—Ya se calienta—hizo notar Hutin.

Cada vez que en su lento paseo cruzaban los tres por delante del comedor, los dependientes los observaban, comentando sus menores gestos. Ellos olvidaban el arroz tostado, en donde un cajero acababa de hallar una judía.

—Yo he oído la palabra *corbata*—dijo Favier.—Y vos habeis visto palidecer de repente á Bourdoncle.

Sin embargo, Mouret participaba de la indignacion del socio. Una vendedora reducida á trabajar de noche le parecía un ataque contra la organizacion de *La Dicha de las Damas*. ¿Quién era la

simple que no le bastaba con los beneficios de la venta? Pero cuando Bouthemout le nombró á Dionisia, entónces cambió y trató de buscar disculpa. ¡Ah! ¡si esta jóven no estaba todavía muy diestra, y ademas tenía dos cargos, segun le habian asegurado! Bourdoncle le interrumpió para decir que era preciso despedirla sobre la marcha. Siempre habia dicho que no sacarian nada de provecho de semejante fealdad. De tal manera se habia enfadado, que parecia satisfacer algun rencor, cuando Mouret, lleno de embarazo, afectó tomarlo á risa. ¡Dios mio, qué severidad! ¡No podria perdonarse por una vez? Llamarian á la culpable y la reprimirian. Ademas, era Robineau quien tenía toda la culpa, porque él habia debido dejarla, puesto que ya era dependiente antiguo y estaba al corriente de las costumbres de la casa.

— ¡Ved al principal cómo rie ahora! — dijo Favier, extrañado, al pasar el grupo de nuevo por delante de la puerta.

— ¡Ah, por Cristo! — juró Hutin; — si se empeñan en pegarnos á su Robineau á las espaldas, nosotros nos encargáremos de ponerle la orla.

Bourdoncle miró cara á cara á Mouret, próximo á estallar; despues se limitó á hacer un gesto desdeñoso, dando á entender que al fin comprendia que habia sido un torpe. Bouthemout habia reanudado sus quejas; los vendedores amenazaban partir, y los habia entre ellos excelentes; pero lo que parecia interesar más vivamente á aquellos señores fué el rumor de las buenas relaciones de Rubineau con Gaujean. Éste, segun decian, impulsaba al primero á establecerse en el barrio por su cuenta, ofreciéndole largos créditos, para arruinar á *La Dicha de las Damas*. Hubo un momento de silencio. ¡Ah! ¡Ese Robineau buscaba la lucha! Mouret se habia quedado serio, fingió despreciar todo y no tomó ninguna decision, como si el asunto no tuviera importancia. Ya verian y hablarian. En seguida se puso á bromear con Bouthemout, cuyo padre, llegado la antevíspera de su tiendecilla de Montpellier, habia creído ahogarse de estupor é indignacion al hallarse en el almacén inmenso donde reinaba su hijo. Todavía se reian de aquel buen hombre, que con su aplomo meridional se habia puesto á criticar todo, y pretendia que todo lo nuevo caeria á escape.

— Precisamente, hé aquí á Robineau — murmuró el jefe. — Yo le habia alejado para evitar una escena desagradable... Perdonad si insisto, pero las cosas han llegado á un extremo que es preciso obrar.

En efecto, era Robineau el que entraba; saludó al pasar á aquellos señores, y se sentó á la mesa.

Mouret se contentaba con repetir:

— Está bien; ya veremos.

Partieron. Hutin y Favier les acechaban todavía; pero cuando no les vieron volver se hallaron más á sus anchas. ¿Habia de bajar la Direccion á todas las comidas á contar las bocas? ¿Seria divertido si ni áun comiendo se tuviera libertad! La verdad era que acababan de ver entrar á Robineau, y que el buen humor del principal les inquietaba por el resultado de la lucha empeñada por ellos. Bajaron la voz y buscaron nuevas vejaciones.

— ¡Yo muero! — continuaba en voz alta Hutin. — ¡Al levantarse de la mesa tiene uno todavía más hambre!

Sin embargo, habia comido dos raciones de dulce; la suya y la que habia cambiado por su parte de arroz. En seguida gritó:

— ¡Chist! ¡Deseo un suplemento!.. Víctor, dadme por tercera vez dulce.

El mozo acababa de servir los postres. En seguida llevó el café; los que lo tomaban le abonaban tres sous. Algunos vendedores se paseaban á lo largo del corredor, buscando los rincones oscuros para fumar un cigarrillo. Otros estaban sentados, con las piernas estiradas, delante de la mesa, llena de vajilla sucia, haciendo rodar migajas de pan para volverlas á echar, al olor de los restos de las viandas y al calor de la estufa, que les enrojecia las orejas. Las paredes destilaban humedad; una asfixia lenta caia de la mohosa bóveda. Arrimado á la pared, Deloche, atiborrado de pan, digería en silencio, con los ojos alzados hácia el tragaluz; éste era su recreo; todos los días, despues del desayuno, miraba así los piés de los transeuntes que pasaban ligeramente por la acera, piés adornados con hebillas, zapatos gruesos, botas elegantes, finas botitas de mujer, un ir y venir continuo de piés vivientes, sin cuerpo ni cabeza. Los días de lodo el espectáculo era gracioso.

— ¡Cómo! ¡ya! — gritó Hutin.

Una campana sonó al final del corredor é hizo dejar el puesto á la tercera mesa. Los mozos de servicio llegaron con cubos de agua tibia y grandes esponjas para lavar los hules. Poco á poco las salas se desocuparon, y los vendedores subieron á sus mostradores con paso tardío. En la cocina, el jefe se habia vuelto á colocar en su puesto entre sus fuentes de raya de vaca, y de salsa, armado de su tenedor y su cuchara, pronto á llenar de nuevo los

platos, con movimientos acompasados como los de un reloj.

Como Hutin y Favier se retardaron, vieron bajar á Dionisia.

— Monsieur Robineau ha vuelto, señorita — le dijo el primero con una atención burlona.

— Y todavía está en la mesa — continuó el otro. — Pero si se apresura un poco podeis entrar.

Dionisia siguió bajando, sin responder ni volver la cabeza. Á pesar de su aparente indiferencia, al pasar por la sala de los jefes de escritorio no pudo ménos de lanzar una ojeada. Efectivamente, Robineau estaba allí.

— Trataré de hablarle despues del mediodía — pensó, y siguió á lo largo del corredor para sentarse á la mesa que se encontraba al otro extremo.

Las mujeres comian aparte en dos salas reservadas. Dionisia entró en la primera. Ésta era igualmente una antigua cueva trasformada en refectorio; pero se la habia amueblado de un modo algo más confortable. Sobre la mesa ovalada puesta en el centro se veian quince cubiertos colocados con anchura, y el vino se hallaba en garrafas. Un plato de raya y otro de carne de vaca con salsa picante estaban en los extremos. Mozos con delantal blanco servian á las señoras, lo que las evitaba la molestia de tomar ellas mismas sus raciones. La Direccion habia creído eso mejor.

— ¿Habeis dado ya la vuelta? — la preguntó Paulina, sentada ya mientras partió pan.

— Sí — respondió Dionisia sonrojándose — acompañaba á una cliente.

Dionisia mentía. Clara dió con el codo á una vendedora vecina suya. ¿Qué tenía aquel día la *mal peinada*? Con seguridad habia recibido carta de su amante; además ella corria el almacén como una perdida, pretextando comisiones en el taller, á donde no iba solamente. Ciertamente le pasaba alguna historia. Despues Clara, comiendo su raya sin repugnancia, con la indiferencia de una jóven alimentada otras veces con grasa rancia, habló de un drama horrible, cuyo relato llenaba los periódicos.

— ¿No lo habeis leído, ese hombre que ha degollado á su querida con una navaja?

— ¡Caramba! — dijo una jovencilla lencera, de fisonomía dulce y delicada; — la encontró con otro, hizo muy bien.

— ¡Cómo! — replicó Paulina — porque una ame á más de un hombre ¿por eso les será permitido cortarnos el cuello? ¡Ah!

no por cierto — é interrumpiéndose, se volvió al mozo de servicio:

— Pedro, ya sabeis que yo no puedo atravesar la vaca... decid que me hagan otra cosa en su lugar, una tortilla, ¿eh?.. y blandida si es posible.

Interin esperaba, como siempre tenía golosinas en el bolsillo, sacó pastillas de chocolate y se puso á comerlas con pan.

— Un hombre así — continuó Clara — no es un malvado, sino un celoso. El otro día tambien arrojó por la ventana un obrero á su mujer.

Al decir esto no quitaba la vista de Dionisia, y creyó adivinar al verla palidecer. Evidentemente aquella santa temia verse sorprendida por su amante, al que sin duda engañaba. ¡Sería gracioso que él la espíara hasta en el almacén, como ella parecia temer! La conversacion varió: una vendedora daba una receta para limpiar el terciopelo. Se habló despues de una pieza del teatro de la Alegria, donde los amores de pobres muchachas danzan más que los de personas notables. Paulina, entristecida un momento al ver su tortilla muy frita, volvió á recobrar su alegría cuando al comerla no la encontró del todo mala.

— Dadme vino — dijo á Dionisia. — Debiais pedir tambien vos otra tortilla.

— ¡Oh! me basta la vaca — respondió la jóven, que por economizar se atenia á la comida de la casa por repugnante que fuese.

Cuando el mozo llevó el arroz tostado, aquellas señoritas protestaron. La semana anterior lo habian dejado y esperaban que no reapareciera. Dionisia, distraida, turbada al recuerdo de Juan por las historias de Clara, fué la única que comió, interin la miraban todas con desagrado. Hubo un desembarque de suplementos é hicieron gran acopio de confituras. Esto era además elegante, era preciso alimentarse con su dinero.

— Ya sabeis que esos señores han reclamado — dijo la delicada lencera, y que la Direccion ha prometido...

Las risas la interrumpieron; cada cual hablaba de la Direccion. Todas tomaron café, excepto Dionisia, que decia no podia soporarlo. Y se hicieron las remolonas ante sus tazas; las costureras en ropa interior de lana, con una sencillez de aldeanas; las confeccionadoras en seda, con la servilleta bajo la barba para no mancharse, igual que si fuesen damas que hubieran bajado á comer á la repostería con sus doncellas. Habian abierto la vidriera del tragaluz para renovar el aire sofocante y pestífero, pero fué pre-



ciso cerrar en seguida porque las ruedas de los carruajes parecían pasar sobre la mesa.

— ¡Chist! — murmuró Paulina; — ¡hé ahí ese viejo bestia!

Éste era el inspector Jouve, que vagaba placentero en torno de aquellas señoritas al final de las comidas. Debe advertirse que tenía el cargo de vigilar en los comedores. Con la mirada risueña entraba y daba vuelta á las mesas, dirigiéndose algunas veces á las señoras para preguntarlas si habían almorzado bien. Mas como su presencia disgustaba á todas, en seguida se apresuraban á huir. Aún cuando todavía no había sonado la campana, Clara desapareció la primera, y las demas no tardaron á seguirla, quedando muy pronto solas Dionisia y Paulina; ésta, despues de haber tomado el café, comía sus pastillas de chocolate.

— Esperad — dijo, levantándose de pronto — voy á enviar un muchacho á comprarme naranjas... ¿ Venís?

— En seguida — respondió Dionisia, mordiendo una corteza de pan, y resuelta á quedarse la última á fin de poder hablar á Robineau al tiempo de subir.

Sin embargo, cuando se quedó sola con Jouve sintió cierto malestar, y contrariada abandonó la mesa, dirigiéndose hácia la puerta, en donde él la cerró el paso:

— Señorita Dionisia...

De pié ante ella había tomado un aire paternal. Sus gruesos bigotes grises y el cabello cortado á sobrepeine le daban el aspecto de un honrado militar, y adelantaba el pecho, donde llevaba la cinta roja.

— ¿ Qué quereis, señor Jouve? — preguntó ella con aplomo.

— Os he sorprendido esta mañana hablando arriba detras del portier. Ya sabeis que eso está prohibido, y si yo lo dijera... ¿ Os quiere mucho vuestra amiga Paulina?

Su bigote se había erizado, su nariz estaba encendida, una nariz hueca y encorvada.

— ¿ Eh? ¿ qué teneis las dos para amaros tanto?

Dionisia, si bien no comprendía, experimentaba singular disgusto. Jouve se aproximaba tanto, que al hablarla casi tocaba su rostro.

— Es verdad, nosotras hablamos, señor Jouve — balbuceó; — pero no es un gran mal el hablar un poco... Vos sois muy bueno para mí, y os doy las gracias por ello.

— No debería ser bueno — dijo él; — justicia seca, yo no com-

prendo ciertas cosas que me pasan... únicamente cuando una muchacha es tan linda...

Mientras así hablaba se aproximaba cada vez más. Entónces ella sintió miedo. Las palabras de Paulina le venian á la memoria, recordándole las historias que corrian de vendedoras atemorizadas por Jouve, comprando su benevolencia á precio de la honra. Además en el almacén él se contentaba con pequeños favores, golpeando suavemente con sus gruesos dedos las mejillas de las señoritas complacientes, cogiéndolas las manos y conservándolas entre las suyas como si hubiera olvidado que no eran suyas. Todo esto parecía paternal, y sólo se mostraba cual era fuera de allí, cuando aceptaban las tartas de manteca en su casa, calle de los Moineaux.

— Dejadme — murmuró la jóven retrocediendo.

— Vamos — dijo él — no hagais la salvaje conmigo, que procuro por vos siempre... Sed amable, venid esta noche á mojar una tarta en una taza de té.

Dionisia se defendía todavía.

— No, no.

El comedor continuaba solitario, el mozo no había vuelto. Jouve, con el oído atento al ruido de pasos, lanzó una rápida mirada en torno suyo; y exaltado, saliendo de su fingida frialdad, traspasando las familiaridades de padre, quiso besarla el cuello.

— Tontita, maliciosa... cuando se tienen cabellos como esos, no está permitido ser suspicaz. Venid esta noche, es por broma.

Pero ella, enloquecida, volviéndose de un modo terrible al ver aproximarse aquel rostro encendido, del que sentía el aliento, rápidamente le empujó tan ruda y fuertemente, que Jouve vaciló y cayó sobre la mesa. Dichosamente una silla lo recibió; pero al choque, el vino que había en el fondo de un vaso saltó y salpicó la corbata blanca, mojando al mismo tiempo la condecoración. Permaneció inmóvil sin enjugarse, ahogado de cólera ante una sacudida tan brusca é inesperada, él, que no empleaba su fuerza, sino solamente la dulzura.

— ¡ Ah! ¡ señorita, os arrepentiréis, palabra de honor!

Dionisia huyó. Justamente la campana sonaba á tal tiempo, y turbada, temblorosa todavía, olvidó á Robineau y subió al mostrador. Despues ya no se atrevió á bajar. Como el sol por la tarde caldeaba la fachada de la plaza Gaillon, era ahogarse en los salones del entresuelo, á pesar de los transparentes de tela gris. Algu-